

Después, como la nube que vacila
 Con encontrados vientos en la altura,
 Se inclinaba su amor a confesarme,
 Y sólo pudo, al sucumbir, dejarme
 En prendas de ese amor su sepultura!

En ella un ave de plumaje pardo
 Viene a posarse hendiendo la neblina,
 Y ensaya un canto doloroso y tardo
 Cuando la obscura noche se avecina.
 No lejos, una flor su aroma exhala,
 Y el ave triste, al desplegar el ala
 Para seguir su interrumpido vuelo,
 A mi oído parece que murmura:
 «¿Por qué no elevas, de esa flor tan pura
 Con el perfume, tu mirada al cielo?»

1850.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

 (1513—1517)



VASCO NÚÑEZ DE BALBOA.

«Qué pocas veces el hado
Que dice desdichas miente,
Pues es tan cierto en los males
Cuanto dudoso en los bienes!»

CALDERÓN DE LA BARCA.

«La Vida es Sueño.»

I.

¡Oh Mar del Sud que en sueños siempre veo,
Aunque a pisar llegué jamás tu orilla!
Cuando elevas tu voz, hácenme oílla
Desde aquí mi ilusión y mi deseo.

Cantando estás al ínclito Europeo
Descubridor de tu onda que al sol brilla,
Y el primero en sulcarla en frágil quilla
Con tu enojo luchando nuevo Anteo.

Y si segar en flor lograron fieras
Bajeza y ambición y envidia extrañas
La vida que tú mismo le consientes,

Ora duermas tranquilo en tus riberas,
Ora el Olimpo asaltes, sus hazañas
Te oyen narrar atónitas las gentes.

II.

Ya las nocturnas sombras han subido
A la cumbre más alta de los Andes
Que erizan el Darién, y allí sus grandes
Alas el cóndor pliega adormecido.
De los negros pinares sale a veces
Con el rumor del ábrego el aullido
Del lobo americano. En la meseta
Más cercana a la cumbre, en torno al fuego
De agonizante hoguera, grupo humano,
Barbado el rostro, la mirada inquieta,
La espada al cinto, el arcabuz a mano,
Vela o descansa. El Jefe en pie se pone,
Alto, membrudo, joven todavía;
Rojo el cabello, reposado el aire
Y benévolo al par, y en labio y frente
El valor, la constancia, la energía
Y el don de mando: a la callada gente
Dice: «Al punto a dormir, que con el alba
La cima escalaremos.» Y obediente
La turba de guerreros se recoge
Bajo sus toscas mantas; y así agrega
El Jefe, cual consigo hablando: «Alcance

A ver el nuevo ponto, y de mis días
Dispón, Dios de mis padres!»—«Aún te aguardan
Vida, combates, gloria, exclama un viejo
Que le acompaña siempre, Micer Codro,
El italiano astrólogo. ¿Descubres
Junto a Sirio esa estrella que hacia el Norte
Brilla con viva luz? Cuando, tras larga
Revolución, llegare a inverso punto,
Tendrás, si no me engaña la alta ciencia,
En peligro la vida; mas no antes
Ni después, si salvaras.» A su acento,
Recostado allí cerca, oído atento
Presta, al viejo y al Jefe de hito en hito
Viendo, ya con sorpresa, ya con odio,
Aunque disimulado, Garabito.

III

Duermen ya todos. La ardorosa mente
De Vasco Núñez no descansa empero,
Y los varios sucesos de su vida
Con claridad le representa el sueño.
Pobre el hogar, aunque en blasones rico,
En que nació en Jerez miró primero:
Las ondas del Atlántico que surca
Viniendo con Bastida al Mundo Nuevo:
Las erizadas costas do más tarde
Cartagena ofreció seguro puerto:

La Española gentil do en Salvatierra
 Hacienda de labor fundando luego,
 Halló desalentado y temeroso
 Ser mayores sus deudas que sus medros:
 De la turba fatal de acreedores
 La dureza, la injuria y el apremio:
 El congojoso afán con que los huye
 Pasando en un tonel, cual vino añejo,
 A las naves de Enciso que partían
 Hacia el Sur: la sorpresa, el descontento,
 La ira del Bachiller cuando en mar alta
 Aquejado de sed, beber queriendo,
 Ve salir del tonel, en vez de vino,
 Al confuso entumido caballero.
 Manso y razonador le aplaca éste,
 Y útil le fué más tarde su consejo
 Cuando en San Sebastián —nueva colonia
 Que se debió de Ojeda al noble esfuerzo—
 La expedición del Bachiller hallóse
 Sin derrota, ni víveres, ni aliento.
 «Yo conozco el Darién, Vasco les dijo,
 Pues le ví con Bastida: en él tendremos
 No sólo pan, mas oro en abundancia;
 Os serviré de guía: vamos presto.»
 Siguenle todos: en combates rudos
 Con el salvaje audaz que unge en venenos
 El pedernal de sus temidas flechas
 Y a quien el español lanza sus perros,
 Vencieron a Zemaco, el gran cacique
 Del territorio de Darién, poniendo

A la villa que fué Santa María
 Entre los bosques lóbregos cimienta.
 Se alza allí con el mando Vasco Núñez;
 Pero de Enciso al par deja en el seno
 La semilla del odio que más tarde
 Trájole en fruto angustias y tropiezos.

IV

Capitán general es ya, y domina
 A émulos y enemigos. Va sediento
 De oro, a buscarle en Coyba: su cacique
 A dos exploradores europeos
 Dando hospitalidad, mostró provistos
 En su casa y la tribu los graneros:
 Vienen ingratos ambos ante Vasco
 Y del indio denuncian el secreto.
 Recibe a Vasco Núñez y su hueste
 Con amistad, regalos y festejos;
 Pero se niega a darles provisiones
 Pretextando lo malo de los tiempos.
 Vasco del pueblo retirarse finge;
 Mas vuelve a media noche y en silencio
 Y al indio, a sus mujeres y a sus hijos
 Sorprende en su mansión y pone presos.
 Extraídos mirando sus tesoros,
 De ira y duelo el cacique llora a un tiempo;
 Mas trae a la más joven de sus hijas,